
DANIEL CHAVARRIA
LA SEXTA ISLA 2



E T I Q U E T A



N E G R A

Un alucinante diálogo con la inquisición, un mafioso norteamericano al que le gustan las adolescentes, un extraño sacerdote, un cofre del tesoro, un complot de la CIA... Eso y mucho más en una novela-río que fascinará a los lectores.

«Chavarría escribe las novelas más divertidas que he leído últimamente, y que no haya confusión respecto a la palabra diversión. Se trata de ese tipo de libros que te atrapa, te obliga a leerlo en la regadera, en el automóvil aprovechando el rojo de los semáforos, en la noche fabricando insomnio... Notable».

Paco Ignacio Taibo / *La cultura de México*

La sexta isla fue premio de la Crítica en Cuba en 1986.

SOLO HABÍA UNA SOLUCIÓN

El jet de AVIANCA aterrizó en New York el día quince a las 23:17. Price había recibido instrucciones de llamar a Gainsborough desde el teléfono público del aeropuerto. A las 2:00 a. m. del día dieciséis, se reunieron en Carlton House.

Price hizo un minucioso relato de lo ocurrido en Bogotá. Había conservado todas las cartas de los secuestradores. Gainsborough admiró la sagacidad de aquella gente. De modo que junto con las claves para liberar a Capote ¿devolvían los microfilms?, ¿unos microfilms que se habían llevado «por equivocación»? ¿Y qué tenían que ir a buscar a casa de Capote? Era un poco inquietante; y también lo era el hecho de que aquella gente tan astuta, *devolviera* los microfilms. Era inconcebible que no se hubieran molestado en averiguar su contenido. ¿Cómo era posible que despreciaran la posibilidad de preparar un gran chantaje a la ITT? ¿O sería que los tales microfilms, nada tenían que ver con los documentos del L-15, entregados por Fynn a Lou Capote? Volvió a pensar en la inquietante posibilidad de que el *Humpty-Dumpty*, el localizador diseñado por la ITT, y que se estaba construyendo dentro del más absoluto secreto, tuviera algo que ver con aquello. ¿No sería la propuesta de Fynn toda una maniobra para obtener información de la ITT...? ¡Parecía absurdo!

Gainsborough detestaba conjeturar en el aire. Lo mejor era salir de dudas. Una hora después de concluir su entrevista con Price, Gainsborough acudía solo al correo de la calle 42 y retiraba un rollo de microfilms. Al examinarlo en su casa, vio que contenía planos electrónicos, documentación científica, etcétera.

A pesar de la tranquilidad que le deparaba el haber recuperado aquel material —ya podía por lo menos asegurar que ni la U.S. Navy ni el Pentágono tenían nada que ver con el secuestro de Capote, porque de lo contrario, nunca habrían devuelto los microfilms a la ITT—, Gainsborough no podía librarse de cierta inquietud. No cabía en su cabeza que los secuestradores hubieran devuelto los microfilms. Allí había gato encerrado. ¿No habrían sacado copias, que reservarían para actuar más adelante? ¿No estarían ganando tiempo para algo?

Evidentemente, Lou Capote no llevaba los planos encima en el momento del secuestro. Y si se los habían llevado de su casa «por equivocación», entonces no habían ido por ellos.

Y ahí estaba otro punto inquietante. ¿A qué diablos tenían que ir los secuestradores a casa de Lou Capote? ¡No podían haber ido por los doblones...! Cualquiera que hubiera indagado un poco, habría averiguado sin dificultad, que Capote guardaba su colección en un banco y solo tenía en la casa unas pocas monedas. Además, nadie organiza secuestros numismáticos, ¡qué diablos!

Lou Capote era un asesor del consejo de dirección de la ITT. Era uno de los favoritos de Geneen. Era un hombre de confianza en la empresa, uno de los pocos que conocían el verdadero trabajo de Gainsborough en la ITT. Y si Lou Capote fuera en realidad un... Volvió a sorprenderse haciendo conjeturas en el aire y sintió rabia. Hasta no hablar con Lou, cualquier conjetura era apresurada. Iría inmediatamente... No. Mejor esperar un poco. Descansaría un par de horas más, reflexionaría y tomaría una decisión sobre cómo debía enfocar su conversación con Capote, en cuanto lo liberara. Tenía que proceder con máxima habilidad, por si Lou guardaba algún secreto.

A las 9 a. m. del 16 de abril, acompañado de dos de sus hombres, Gainsborough se dirigió a la dirección indicada para el rescate. En la carta le ordenaban levantar la tapa de

una alcantarilla del jardín, donde encontraría las instrucciones para desconectar el sistema de explosivos. Hizo estacionar el carro a doscientos metros de la casa y ordenó a uno de sus hombres que caminara hasta el lugar y recogiera las instrucciones que encontraría en la alcantarilla. El hombre regresó diez minutos después, con una carta y una llave.

¡No había ningún sistema de explosivos! Le enviaban la llave de la casa. Podía entrar cuando quisiera y liberar a Lou Capote. Aparte de ingenio, tenían sentido del humor, los muy condenados. Y de un humor casi británico, pensó Gainsborough.

Al verlo entrar, Lou se alzó apresuradamente los pantalones del pijama.

—¡Hello, míster Capote! ¿Se siente usted bien?

Ni Geneen ni Gainsborough usaban jamás el *american style* de llamar a la gente por sus nombres de pila.

Lou arqueó las cejas, trató de sonreír y solo consiguió articular una mueca torpe.

Gainsborough no esperó más respuesta.

—Me alegro mucho. ¿Podemos charlar un poco?

—¿Aquí...?

—¿Por qué no? —dijo distraídamente Gainsborough, mientras iniciaba, con pasitos cortos, un recorrido inquisitivo por la habitación. Parecía interesarle mucho el techo. Mientras Lou se vestía, recorrió el resto de la casa. Solo estaba amueblada la sala de entrada y el cuarto de Lou. El resto, completamente vacío. En la cocina había un par de recipientes, unas tazas y unos pocos cubiertos. Evidentemente habían adquirido la vivienda exclusivamente para el secuestro.

Cuando Lou salió de la habitación, Gainsborough se había instalado en una butaca de la sala, contemplaba la lito-

grafía de un Modigliani y cargaba su pipa. Parecía no tener prisa.

Lou se sentó frente a él, un poco encogido, alisándose el pelo.

—Como usted comprenderá, míster Capote —comenzó Gainsborough después de encender la pipa—, su situación nos ha llenado de inquietud.

Se arrellanó en la butaca, como si se dispusiera para un largo coloquio; dio una chupada intensa y se le hundieron las mejillas; y sin dejar de apretar la pipa entre los dientes, comenzó a interrogarlo.

—¿Alcanzó usted a reunirse aquella tarde con su amigo Fynn?

—Sí, míster Gainsborough.

—¿Recibió usted los documentos?

—Sí, los recibí.

—¿A qué hora, por favor?

—A las dos de la tarde, míster Gainsborough.

—Ajá —dijo Gainsborough, mirándolo por primera vez a los ojos—. Y es una documentación ¿muy voluminosa?

—Eran unos microfilms, míster Gainsborough.

—¿Eran?

—Sí, míster Gainsborough; *eran*.

—¿Del uso del pretérito debo inferir que ya no están en su poder?

—No puedo asegurarlo, míster Gainsborough, pero eso es, lamentablemente, lo más probable.

—¿No los llevaba consigo cuando lo secuestraron?

—No míster Gainsborough.

—¿A qué hora lo secuestraron?

—Sobre las tres y media.

—¿Y dónde los había dejado?

—En mi casa, por supuesto.

Gainsborough abrió mucho los ojos y torció un poco el cuello, como esperando una explicación.

—Sí, míster Gainsborough —añadió Lou—. Me pareció imprudente andar con ellos encima.

—¿Y los dejó en lugar seguro?

Lou se reafirmó en su convicción de que no tenía otra salida, sino confesar toda la verdad. Gainsborough no lo soltaría; pregunta tras pregunta, seguiría acosándolo hasta descubrirlo todo.

Lou tragó saliva y bajó los ojos.

—Los dejé en mi caja de seguridad, míster Gainsborough.

—¿Y por qué duda entonces de que aún estén allí?

Lou volvió a tragar saliva y alzó los ojos en un gesto de resignación. Era lo que él había supuesto...

—¿Se siente bien, míster Capote?

Aquel gesto solícito de Gainsborough le resultaba inquietante. Por primera vez cruzó por la mente de Lou la idea de que quizá Gainsborough estuviera ya mejor informado que él, sobre lo que había sucedido.

—Sí, míster Gainsborough, me siento bien.

—¿Por qué duda usted entonces de que los microfilms aún estén en su caja de seguridad? ¡No supondrá que alguien pudiera haberlos retirado de allí...!

—Eso es lo que creo, míster Gainsborough —lo mejor era abreviar—; y lo creo porque los secuestradores sabían que yo tenía en mi casa una caja de seguridad, y además, yo les di las claves para abrirla.

Gainsborough se puso de pie. Se quitó la pipa de la boca y se cogió las manos por detrás. Y caminando por el borde de la alfombra, comentó en un tono flemático:

—Muy inquietante, míster Capote —se volvió para mirarlo a los ojos—, muy inquietante.

Lou asintió con la cabeza gacha y observó como Gainsborough se inclinaba para golpear la pipa en un cenicero. Lo vio caminar hasta la ventana, descorrer un visillo y mirar hacia la calle. Sin duda no había venido solo. De pronto, Gainsborough se volvió para preguntarle:

—¿Lo amenazaron? ¿Fue usted quien les informó lo de los microfilms?

—No, míster Gainsborough; ni ellos ni yo comentamos nada sobre los microfilms.

—¿Y supone que ellos podían saber que en su caja, usted había depositado, una hora antes, los microfilms? ¡Reconozca que sería absurdo, míster Capote! Y yo me pregunto entonces ¿para qué querían ellos las claves de su caja fuerte?

—Puedo hacer muchas conjeturas, míster Gainsborough, pero hasta que no vayamos a mi casa y yo pueda comprobar lo ocurrido...

—Bien —lo interrumpió Gainsborough, dirigiéndose a la puerta—. Usted tiene razón. ¡En marcha!

Dos carros los esperaban. Gainsborough montó en uno e indicó a Lou que montase en el otro. Gainsborough no quería por el momento que Lou siguiera hablando. Durante el viaje, Gainsborough quería aprovechar para procesar un poco la información recibida, y conducir el resto del interrogatorio en la forma más eficaz. Hasta el momento, Capote parecía sincero. Pero Gainsborough necesitaba ahora observar sus reacciones. Observar su rostro en el momento en que abriera la caja y comprobara la ausencia de los microfilms. Eso le diría mucho más que cualquier declaración verbal. Mientras tanto, Gainsborough pensaría qué diablos buscaban los secuestradores en la caja de Lou. Necesitaba ver a esa caja. ¡Imposible que guardara dinero u objetos de valor! Eso solo lo haría un estúpido; y de estúpido, Lou Capote no tenía un pelo.

Lou, por su parte, se preguntó por qué Gainsborough no habría viajado en el mismo carro que él. No acertó a darse una respuesta coherente. Tampoco le interesaba quebrarse demasiado la cabeza buscándola. Estaba dispuesto a decir toda la verdad, y que viniera lo que viniera. Lo único que necesitaba era decirla en circunstancias que atenuaran un poco su descrédito. Bien: sobre el terreno decidiría.

Al llegar a la casa, Gainsborough penetró junto con él. Todo estaba en orden. El ama de llaves había limpiado.

—*Sit down*, míster Gainsborough —dijo Lou, ofreciéndole un asiento.

—Déjeme ver la caja. —El tono era cortante.

Pasaron a un gabinete tapizado con una madera oscura. Dos de las paredes estaban cubiertas de libros desde el piso al techo. Lou Capote extrajo del bolsillo una llave, abrió una gaveta del escritorio, presionó un botón y Gainsborough vio cómo toda una sección del librero se abría hacia adelante. Quedaba a la vista una puerta de acero gris de ciento cincuenta centímetros de alto, por sesenta de ancho. En el centro destacaba una roseta azul, y más abajo una rueda, metálica también, de unas siete pulgadas de diámetro, con unas prolongaciones radiales como las del timón de una embarcación.

Lou hizo girar la roseta alternativamente a izquierda y derecha. Era una combinación de siete números. Gainsborough había contado los movimientos. Cuando concluyó el último número, se oyó un clic, musical casi. Lou hizo girar entonces el timón hacia la derecha y empujó la puerta, que se abrió sin ruido. Penetró, agachándose un poco. La luz se había encendido automáticamente.

Cuando Gainsborough ingresó, lo primero que llamó su atención fue un reclinatorio de cuero. Era una especie de triclinio romano. Pero ¿qué rayos quería decir aquello? ¿Un triclinio de cuero dentro de una caja de seguridad? ¿Una cama? ¿Qué extraño secreto, qué vicio insólito podría delatar aquel mueble? ¿Y para qué podía necesitar Lou Capote una caja de aquellas proporciones? *Good Heaven!* ¡Era un cubo de tres metros de lado! Una caja como esa, solo tenía sentido en un banco. ¿Para qué podía necesitarla Lou Capote?

Lou caminó hasta la pared opuesta, abrió una pequeña gaveta metálica y se volvió a mirar a Gainsborough consernado.

—*I'm sorry*, míster Gainsborough —dijo—. Se llevaron los microfilms.

—Bien, míster Capote —dijo Gainsborough, inspeccionando con la mano la blandura del triclinio—. Creo que usted y yo...

Esta vez fue Lou quien lo interrumpió.

—Sí, míster Gainsborough, ya lo sé: usted y yo tenemos mucho que hablar. ¿No es así? Desde antes que usted llegara a rescatarme, ya sabía yo que tendríamos mucho que hablar.

Gainsborough abrió los brazos como indicándole que era todo oídos.

—Le ruego que pasemos al gabinete.

Lou volvió a cerrar, ajustó la manivela hacia la izquierda y con el mismo botón de la gaveta del escritorio repuso el librero en su sitio.

Gainsborough se instaló en una butaca, aceptó un trago de *scotch* y se dispuso a oír.

Con una apariencia indiferente, oyó durante dos horas la historia de Lou; sus relaciones con Fanny, el divorcio, la fijación de los uniformes, la historia de la calabresa, la de Rita Alegría, el robo del cuadro, en fin, todo.

Cuando concluyó su confesión, Lou se veía demudado. Diez años le habían caído encima. Durante el relato, Gainsborough no lo había interrumpido una sola vez.

Por fin se puso de pie.

—Bien, míster Capote —dijo sonriendo—. Todo está claro ahora. Sé que para usted ha sido una confesión muy dolorosa. Ahora descanse. Yo también lo necesito. Mañana volveremos a hablar. Le propongo que almorcemos juntos.

A pesar de su *training* profesional, Gainsborough había conseguido solo con grandes esfuerzos, mostrarse impasible hasta el final del relato. Salió asqueado. Asqueado y rabioso. ¡Pobre ITT con gente así! Capote era un loco, un anormal peligrosísimo. Gainsborough, desde su ingreso a la ITT, había organizado lo que él creía un eficiente mecanis-

mo para la vigilancia de los altos funcionarios de la empresa. ¿Y cómo era posible que ni siquiera se hubiese oído que Lou Capote era un anormal de ese calibre? Conocía sus hábitos personales, sus gustos, sus *hobbies*, su cambio de nombre, sus dos matrimonios, su relación con la calabresa, e incluso un par de escaramuzas con una colegiala; pero jamás se habría imaginado que un asesor del consejo de dirección de la ITT, podría ser cómplice del robo de un cuadro. ¡Eso era delincuencia común! ¡Inadmisible! ¡Y pensar que ese hombre podía haber llegado mucho más alto todavía dentro de la ITT!

Después de aquello, Lou Capote no podía seguir en la empresa. Sus debilidades podían servir algún día para extorsionarla. Había que botarlo aunque fuera un favorito del *boss*. Pero ¿cómo botarlo? No solo estaba al tanto de muchos secretos de la ITT, sino que ahora, era una pieza fundamental en el asunto del L-15. Durante más de diez años había sido uno de los hombres de confianza de Geneen.

No. No se le podía botar.

Pero de ninguna manera podía permanecer.

Solo había una solución.

Una sola.

1949-1950

La muerte de Mosquera fue instantánea. Me detuvieron, me interrogaron y luego me soltaron, gracias, en parte, a las declaraciones de los testigos. Todos estaban convencidos de mi inocencia. Todos menos yo y Graciela.

El cargo de conciencia me llevó hasta Paysandú. Quise confesarme con el padre Castelnuovo. Pero aquel sacerdote que un año antes se burlara de mis desvaríos medievales, me declaró indignado que no me había supuesto capaz de debilidades tan mezquinas. Por celos carnales había provocado la muerte de un hombre. Me condenó sin ambages. Yo le había referido el episodio en detalle, con todos sus antecedentes. Le conté también lo ocurrido con Tita. ¡Qué bajo había caído! ¿No comprendía yo que hacer aquello, con la mujer y en la propia casa del hombre que me había protegido desde los días difíciles de mi infancia, era un crimen execrable? Era además la violación de la hospitalidad... ¡Innoble, infame! ¿Cómo era posible que me hubiera apartado tanto de Dios, en tan poco tiempo? Me había convertido en un intelectual vanidoso y mundano; y en tres años había incurrido en dos pecados capitales. Él era el primero en oponerse a una interpretación literal del Decálogo; pero no había que ser Torquemada para acusarme de transgredir los mandamientos en su esencia prístina.

Insistió mucho en lo de Tita. El violar la hospitalidad era un pecado para todos los tiempos. Siempre lo había sido. Y lo sería siempre. Le temblaba la voz. Me increpaba con indignación.

Cuando regresé de Paysandú no pude trabajar. Graciela me evitaba. A veces sorprendía en su mirada un temblor esquivo, como si temiera algo de mí. Estuve un par de días

postrado. Me sentí solo. Más que nunca; más que en los días terribles de mi infancia, me apiadé de mí mismo. Ni siquiera me atrevía a rezar. Necesitaba flagelarme y lo primero que se me ocurrió, como castigo, fue separarme de Graciela.

Le escribí una carta breve, la autoricé a disponer de todas mis cosas y me despedí para siempre de ella. Esa misma noche, a las diez en punto, zarpé rumbo a Buenos Aires.

Al primer sacudón de las bordas, cuando arreciaron los pitazos del buque, entre gritos, llantos y agitar de pañuelos, yo me refugié en un banco solitario de popa.

Durante la travesía no usé el camarote. Viajé sentado. Hacía calor. Me llamaba la negrura del mar en la noche sin luna. Una y otra vez se me iban los ojos al abismo. No dormí en toda la noche. Recé. Recé mucho.

La crisis me duró unos cuatro meses. Peregriné a Luján y regalé todo mi dinero a los mendigos. Luego deambulé por las calles de Buenos Aires; pasé días enteros sentado en los bancos de Plaza Once, de la estación Retiro, de Constitución. Cuando llegó el frío del otoño empecé a dormir en los pasillos del subte o en los patios de las comisarías, adonde me llevaron varias veces por vagancia. Al principio pasaba mucho tiempo sin probar bocado. «¡Croto!», me gritaban los muchachos. Sí, me había convertido en un verdadero *bichicome*, una piltrafa macilenta y andrajosa. Una madrugada, acosado por el hambre, me abalancé sobre unas milanesas que emergían de un tanque de basura, a los fondos de un restorán. Comí sin asco. Y desde entonces no pasé hambre. Mediaba el primer gobierno de Perón y los latones de basura ofrecían a los crotos porteños una dieta variada y sustanciosa. Hasta ellos engordaban con los beneficios que deparó la guerra.

Un buen día me harté de aquella vida. Comprendí que me estaba estafando. Yo me había propuesto mortificarme. Había sido un acto desesperado, instintivo. Era el viejo re-

curso cristiano. ¿Qué otra cosa podía hacer? Y un día me di cuenta de que había dejado de sufrir. Me había adaptado al vagabundeo y la miseria. Simplemente me aburría en el ocio. Ni siquiera padecía hambre. Y siempre encontraba un techo abrigado para dormir. Me envilecía. No más.

Y salí de aquella vida tal como había entrado: repentinamente.

Me senté en un banco del Parque Lezama; un parque alto que mira hacia la Boca; un otero sobre aquella planicie del Bajo Riachuelo, por la que me había arrastrado durante meses. Al principio no me resultaba fácil pensar en procura de una solución. Me había acostumbrado a divagar sin propósito. Había pasado días enteros embotado, con la mente en blanco. Y en aquel banco del Parque Lezama, sentí de pronto una lucidez magnética, como si todo lo que me rodeaba se me pegara a los sentidos. Era una tarde de domingo. Aún hoy recuerdo los detalles nimios de aquellas horas. Unos muchachones discutían con la entonación genovesa de la Boca, las incidencias de un gol que habían errado los de Boca ante San Lorenzo de Almagro. Un remolino de hojas muertas se aquietaba a los pies de Deméter. Un niño hurgaba con risitas nerviosas en las jetas fulvias de los leones. Un manisero se abstenía de pregonar, al pasar a mi lado, con un gesto de asco, por el sendero.

Cayó la noche y me quedé solo. Permanecí sentado, haciendo planes. Poco después eché a andar por el Paseo Colón, rumbo a Retiro. Tenía frío y hambre. En una esquina de la Recova me detuve a oír a un predicador. Después de la prédica, cuando comenzaron los cantos, se me acercó una mujer uniformada y me puso en las manos un folleto. «Para la salvación de su alma», me dijo. Esa noche discutí con ellos sobre la salvación de mi alma. Hablé de la gracia, del libre arbitrio; pero ellos no me oían. Solo les interesaba que yo los oyera. Los oí. Los oí largo rato.

Al día siguiente amanecí en un albergue del Ejército de Salvación. Me habían dado comida, ropas limpias y una Bi-